

Martha Lucía Londoño de Maldonado*

Profesora Asociada U. Nal. - Mzales. Magister en Historia de Colombia U. Nal. - Medellín

CONCEPTUALIZACION DE UN "CAMPO PROFESIONAL UNIVERSITARIO LIBERAL" CON BASE EN BORDIEU, MANNHEIM Y BRUNNER

A lo largo de las siguientes líneas hago un acercamiento a un tema específico: los profesionales universitarios procedentes de las capas inferiores de la clase media, en especial en términos de sus posibilidades de ascenso social vinculadas a la obtención del diploma y el subsecuente ejercicio laboral.

Se trata de un tema que reúne aspectos como las clases medias laborales, elemento clave del mundo contemporáneo, la estratificación y la movilidad social, asuntos centrales del análisis sociológico donde confluyen lo económico, lo social, lo político y lo cultural y que ofrece la posibilidad de apreciar de qué manera la sociología de la cultura perfila un "mapa mental" para abordar temáticas ya estudiadas desde el punto de vista social y económico y de sus implicaciones políticas.

Pierre Bordieu, Karl Mannheim y José Joaquín Brunner, ofrecen buenos elementos para abordar el tema.

El concepto de campo de Bordieu se constituye en herramienta potencial para configurar una estructura que permita sistematizar el análisis de los elementos, los caracteres y las dinámicas de un fenómeno en estudio. Para Karl Mannheim, las clases o sectores medios tienen estrechísima relación con el fenómeno de democratización, una tendencia profunda de las sociedades actuales. Y José Joaquín Brunner permite referir a las circunstancias propias de nuestro mundo cercano y actual, aspectos que habitualmente recibimos con el clásico sentido de "universalidad" con que

tendemos a identificar los análisis de los científicos e intelectuales de occidente, de los países centrales.

1. Con Bordieu.

El "campo" tiene, entre otras, la propiedad de ser un espacio estructurado de posiciones, y éstas, a su vez, tienen propiedades que se desprenden de la posición misma ocupada por ciertos "agentes" y de la relación de fuerzas entre los agentes y entre las instituciones; agentes como los profesionales, los intermediarios entre éstos y sus clientes potenciales y los propios clientes, e instituciones como la universidad, la carrera o facultad, los gremios profesionales.

Es el campo profesional universitario de las carreras liberales, donde se compete en procura de movilidad social ascendente. Un sistema de producción y reproducción de "obras" profesionales y de estatus

-de clase media o alta-, cuyas fuerzas productivas son hombres poseedores de título universitario, que laboran en su especialidad y desarrollan una competencia, y los medios de producción son empresas u oficinas, privadas o públicas, y su dotación. El sistema de relaciones sociales de producción se conforma entre los profesionales y sus contratantes del sector privado, como capitalistas y público en general, o del sector estatal.

Este sistema se traduce en un sistema de posiciones de los agentes; o, en buena parte, es fruto de la



El Mundo de hoy y de mañana, 1929-1945, Diego Rivera

(16)

posición del profesional, de la "obra pasada" -el título, los actos traducidos en cierta ubicación económica, social, cultural, política quizá- y de la acogida por parte de los clientes o contratantes; ocupan posiciones los intermediarios que actúan en forma previa -universidades, colegios, promotores- o con posterioridad la actuación del profesional -Estado, empresas privadas, otros profesionales liberales-.

Se configura además un sistema de relaciones entre los agentes y entre las instancias participantes -instituciones como la universidad o los gremios profesionales, empresas, oficinas- que operan como el espacio de la ortodoxia y de las consagraciones.

El producto de la labor del profesional es a la vez un valor económico, en tanto que es una mercancía: la obra ejecutada -obras de ingeniería, documentos contables, servicios de salud- y un elemento significativo, con valor cultural, social y político -porta prestigio, posición social, poder-.

El sistema de relaciones de distribución del producto se da entre quien paga la obra y la posee en los términos que señala la sociedad, y quien la hace recibiendo un pago -lo económico-, pero igualmente prestigio -lo cultural-, posición social -lo social- y poder -lo político-. El sistema de relaciones de distribución involucra todas las formas de ser de lo social.

El sistema de relaciones de intercambio del producto, la obra o el servicio, opera en un mercado competido si lo observamos desde el ámbito de la oferta, con un nivel estacionario o declinante de la demanda, si se la considera en función del aumento de la oferta.

Las relaciones de consumo del producto configuran un sistema de clientes atendidos adecuadamente o no, y satisfechos en diferente grado.

Las obras, el producto, poseen una dimensión cultural que las hace aparecer en un sistema jerárquico, donde las diferencias tienen que ver con el tipo de profesión, que es un sistema o espacio de consagraciones y, por ello mismo, un generador de esfuerzos orientados a la adquisición -de conocimientos, de contratos-, a la conservación -de unos y otros- y a la transformación.

El análisis de las posibilidades de aplicación del esquema estructural propuesto por Bordieu confluye pues en la formulación de la temática en una forma que hace un uso casi en paralelo de sus ideas: adquiere forma el campo profesional universitario liberal.

En este espacio de configuración tenemos un campo cruzado por poderes; en él se dan conductas que remiten a signos y portan significaciones y que, abordado como fenómeno cultural, se relaciona con prácticas sociales y con las instituciones que las fundamentan y en las que se ejecutan. Prácticas sociales ligadas a clases, estratos, grupos o capas sociales productores de sentido, que viven en un entramado de significaciones en reelaboración.

La cultura está vinculada en el momento actual con los fenómenos asociados a la industrialización, y en ese marco surge nuestro objeto de análisis: el profesional de clase media, que estudiaremos según las coordenadas de práctica, sentido y poder.

Para la clase media es de especial importancia la relación con la escuela, que aparece como una institución capaz de generar un "capital humano", con una cierta ética del trabajo, una cierta disciplina, tanto en el trabajo como en la racionalidad de otras prácticas, una cierta valoración y preparación para la eficiencia en las acciones y unos ciertos usos del tiempo de trabajo y el tiempo libre.

Tomar un fenómeno en estudio como un campo de competencia ubica a los agentes que intervienen en su producción, distribución, intercambio y consumo, como Marx quería, y muestra una dinámica de las relaciones que se derivan de las posiciones específicas que ocupan tales agentes.

Dicha dinámica opera como un juego de reflejos múltiples, derivados de las prácticas de cada agente y de la interacción en el campo en su conjunto. El campo profesional se configura en la medida en que se deslinda: cuando la profesión por sí misma da cuenta del quehacer del individuo y le ofrece una red de relaciones tejidas en ella y a partir de ella; cuando existe el profesional autónomo. Entonces existen también "instancias específicas de selección y de consagración" deslindadas de los poderes económicos, políticos y religiosos aunque subordinadas a las estructuras económicas, sociales y políticas (Bordieu, Pierre. "Campo intelectual y proyecto creador". En: Problemas del estructuralismo, 1966, p.136).

El proceso en juego implica que, tanto el profesional como aquello que es fruto de su trabajo especializado, se encuentran afectados por el sistema de las relaciones sociales en que se inscriben, más precisamente, por la posición del profesional en la estructura del "campo profesional", la que estará definida en parte, como subraya Bordieu, por la "obra pasada y por la acogida

que ha tenido", efecto de la oposición y agregado de las fuerzas que entran en juego en el campo, a manera de fuerzas en un "campo magnético" (ídem, p.135). La posición en el campo dará cuenta del tipo de participación en él y del peso funcional, esto es, del poder o autoridad de que dispone.

En el campo se desarrolla una lucha por ocupar mejores posiciones. El recién llegado, habilitado por su título profesional, es decir, dotado de un "hábitus" construido para entrar en ese campo (ídem, p.136), con caracteres propios (de clase social, de tipo de universidad, de tipo de carrera), entrará en el juego a apostar por hacerse a una posición, proceso en el cual halla opositores y aliados, gente con intereses ligados a los suyos y que procura mantener o mejorar su propia posición en el campo.

El profesional de clase media encuentra una ruta de acceso que le ubica en posiciones marginales y su juego consistirá en mejorar la posición; como "recién llegado" tratará de "romper los cerrojos del derecho de entrada" mientras el dominante tratará de "defender su monopolio y excluir a la competencia" (Bordieu, Pierre "Algunas propiedades de los campos". En Sociología y cultura, 1976. p.135).

La índole conservadora del aprendizaje académico le inducirá, probablemente, a jugar con la mayor ortodoxia en la ejecución de su obra profesional y, muy posiblemente, también en el plano de las relaciones que establece en el campo de juego. La emergencia de lo heterodoxo es tal vez improbable.

El recién llegado paga "un derecho de admisión que consiste en reconocer el valor del juego" y mediante ello espera que los procesos de "selección y cooptación (que) siempre prestan mucha atención a los índices de adhesión al juego" (ídem, p.137), obren en su favor; paga además con el reconocimiento de los principios o reglas de funcionamiento del juego, que le impedirán usar "estrategias de subversión" que sobrepasen los límites fijados para las modalidades de juego.

Más allá de la búsqueda de un logro específico (dinero, posición social, prestigio, poder), más allá de un "cálculo cínico... específico" hay aquí una relación inconsciente entre un hábitus y un campo, en la cual se siguen unas estrategias y se desarrollan unas acciones "objetivamente orientadas a fines que pueden no ser los que se persiguen subjetivamente" (ídem). Los hombres y sus acciones no aparecen entonces como guiados por un finalismo ingenuo -deseo de colocarse a la cabeza-, ni como simples efectos mecánicos

-derivados de los determinantes sociales que constituyen, como coordenadas, al "profesional"- (ídem, p.140).

Así mirado, el campo profesional "puede captar 'en acto' la totalidad concreta de las relaciones que lo integran... como sistema", sus actores sociales, su dependencia "en lo que son y en la imagen que tienen de sí mismos de la imagen que los demás tienen de ellos y de lo que los demás son". La cualidad de profesional queda "socialmente definida e inseparable... de cierta demanda social, con la cual... debe contar". Su renombre es función de "la representación que la sociedad se hace de su obra" (1966, p.145).

Hay un "sentido público" del profesional y de su labor, "conforme al cual se define y con relación al cual debe definirse... en y a través de todo el sistema de relaciones sociales" que sostiene con el conjunto de agentes que constituyen el campo (ídem, p.153).

Para cada individuo, "el contenido de su intención" y "la forma" de su acción dependen de la posición en que le ubica (ídem p.165) su quehacer en el campo. Y esta posición, dependiente de su hábitus como elemento primario, tiene entre sus dinámicas causales aquellos "lugares comunes", aquel discurso y lenguaje comunes que la universidad aporta en la configuración del hábitus, los "campos de encuentro y campos de entendimiento... las formas comunes de abordar" los espacios de que la institución universitaria dota. (ídem p.177) "Sistemas de esquemas inconscientes (o profundamente sumergidos)" que constituyen la cultura del individuo, la cultura del profesional universitario (ídem p.181).

Más la posición en el campo incide además en la relación del profesional "con su clase social de origen o de pertenencia". Según sea la posición se sentirá "autorizado a reivindicar esta pertenencia (con las elecciones que implica) o inclinado a repudiarla y a disimularla con vergüenza (ídem p.182). Es decir, desde el campo, desde la posición en el campo donde el individuo se juega su vida, es posible "leer" la forma de relación que establece con las diferentes dimensiones de la vida humana y social. Se perfilan así los nexos posibles, desde el campo, con lo que está fuera de él.

Pero la situación se cumple también a la inversa, desde fuera hacia el campo, en forma tal que el juego que se da en él es afectado por acontecimientos económicos y sociales, ya sea en una parte del campo, o en relación con individuos ubicados en él, "según una lógica específica, porque al mismo tiempo que se reconstituye bajo su influencia", el campo profesional hace que

estos acontecimientos sufran "una conversión de sentido y de valor al transmutarlos en objetos de reflexión" (idem p.182).

Desde el concepto de campo, de campos, se restituye una red, siempre en proceso de ser tejida: la dinámica social.

2. Karl Mannheim.

Con respecto a los elementos que encuentro en Mannheim, es central su conceptualización del proceso de democratización. Presente no sólo en la vida política sino también en los planos intelectual y cultural, se manifiesta en las formas de pensamiento y en las conductas de los hombres, y entre ellos, de las masas.

Estas afrontan un aprendizaje orientado por la realidad política en un proceso que va minando sus posturas utópicas y las acerca al desencantamiento producido por la desacralización que el mundo moderno comporta, a la vez que les significa libertad y desarrollo de la personalidad pues "estimula la autonomía individual al dar a toda persona una participación" en las responsabilidades (Mannheim, Karl. "La democratización de la cultura". En Ensayos de Sociología de la cultura, S.F., p.246).

Se convoca, pues, a las diferentes capas sociales a participar activamente en la vida cultural: serán creadores, receptores, cada vez más numerosos y más comprensivos. Y esa convocatoria tiene una base de fuerza tremenda; la concepción de "igualdad esencial, de todos los hombres", opuesta, ontológicamente, a la "división vertical de la sociedad en clases superiores e inferiores". De ello se desprende la aspiración a un "estatus social igual para todos (presionado) por las amplias clases sociales medias y bajas, que alcanzaron una participación creciente en la influencia política y social" y la exigencia de una competencia justa; "que no se conceda a algunos en estatus inicial más favorable que a otros" (p.251).

El curso de lo social se orienta hacia una "igualdad horizontal". Sin embargo, hay choques con la realidad y estos generan posturas conservadoras y aún reaccionarias, en especial cuando esa realidad involucra una situación de bloqueo del ascenso social y, en tal

medida, la democracia deja de ser solamente "imperio de la Razón" dando cabida a "una democracia del impulso", esto es, "vehículo de tendencias racionalistas... (y) órgano de las expresiones no reprimidas de los impulsos emocionales del momento" (p.245-246).

Además, en forma simultánea, se cuenta con individuos autónomos, células vivas, activas, de la sociedad, controlados mediante los mecanismos por los cuales el individuo, la generalidad de los individuos, renuncian al "pleno ejercicio de sus energías".

Son estos los rasgos centrales del proceso de democratización y Mannheim invita a que la sociología lo observe como un conjunto dándole, a la vez, validez mediante el análisis "microscópico", casual, funcional" (p. 256).

Desde el "campo", configurado con Bourdieu, podemos avanzar como lo pide aquel.

Según sugiere el análisis que hace Karl Mannheim a propósito de la democratización política, intelectual y cultural, el campo profesional universitario liberal está enmarcado por una democratización generada por la nivelación en el conocimiento especializado que hace a los profesionales hombres "esencialmente iguales", reconociéndose como individuos autónomos que juegan en un espacio donde se aspira por principio a jugar en términos de "igualdad horizontal".

Haciendo caso omiso del contexto social más amplio, al interior del campo profesional opera la democracia en tal forma que todos los que participan en él como artífices tienen derecho a desarrollar sus estrategias en una competencia leal.

El "espíritu democrático" predispone en forma típica a los hombres a sentir que "todo podría ser diferente", que las contingencias (p.258), las acciones y las omisiones, las estrategias puestas en acción en el juego crean las oportunidades "para desarrollarse" como dice Mannheim, para ocupar las posiciones más ventajosas, diría Bourdieu.

Es el deber ser; la realidad aporta tonalidades, y cuando éstas significan que las reglas no operan de igual forma para los recién llegados y para los que ocupan posiciones centrales, cuando se



Auto-retrato, 1923, Adolf Best
Maugard (17)

manifiestan los bloqueos, se expresará un rechazo, un malestar que puede llegar a convertirse en un peso para el campo y para otros espacios sociales y de poder.

Las diferencias existen, pero las genera y sostiene fundamentalmente el contorno, la red en la cual está inserto el campo y que ocasiona una permanente interacción de cada uno de sus agentes con el contexto social.

El propio campo profesional, visto en ese contexto, no responde claramente porque en el proceso de selección de los que harán parte de él se hayan dado procesos democráticos, pero como a su interior se juega con base en los conocimientos especializados, el hecho de que el espíritu democrático rechace todo conocimiento del que "se alegue que puede alcanzarse por medio de conductos especiales abiertos solamente a unos pocos elegidos" y determine que, por el contrario, la "accesibilidad y la comunicabilidad" de los conocimientos les es característica, hace que estén dadas las condiciones básicas para operar en el campo. Lo demás dependería precisamente del desempeño en el juego (p.261-262).

Las reglas democráticas de juego en el campo profesional dan el mismo derecho a las posiciones iniciales, lo demás será efecto de la competencia. En ella se construyen solidaridades, pero en una "democracia madura, moderna", la solidaridad no es automática, debe conquistarse cada vez "en medio de conflictos y tensiones" pues cada quien prefiere seguir su propio camino. Mas se procura una "solución media en la que todos puedan convenir", y para ello "sólo las normas refrendadas por todos se consideran válidas... (pues han sido) constantemente criticadas, revisadas y confirmadas" (p.274) por quienes participan en el juego, los que viven el proceso como una "responsabilidad individualizada... conscientemente experimentada como tal", aun cuando se la delegue debido a las necesidades del propio juego o a fenómenos antidemocráticos impuestos o propios del campo profesional mismo: "democracia incompleta, en la que las minorías económicas e intelectuales ocupan las posiciones de control" (ibidem).

La masificación, señala Mannheim, está en la base de este fenómeno: ella milita contra la individualidad autónoma (p.276).

En el campo, el juego de fuerzas en competencia es permanente: como en la democracia, gravita la sombra del "posible desorden y caos... el orden y la integración

deben ser siempre creados de nuevo", en un espacio fluido y flexible. Pero las crisis potenciales se anuncian y se puede reaccionar a ellas "para ajustarse a las presiones": "...la democracia es el más elástico sistema social" (p.277-278) y el campo profesional opera con democracia.

Las reglas de juego, el juego mismo que se da en el campo, enseñan, conducen a "modos de pensamiento orientados por la realidad... (a) desechar la idea de que, una vez en (una posición de mayor) poder, (se) pueda configurar (el campo) siguiendo por completo el punto de vista propio" (p.280).

Hay diferencias propias del campo, que la tendencia a la nivelación no excluye: "la presencia de dirigentes y dirigidos, de posiciones con funciones específicas. De allí deriva una forma nueva de selección de minorías... (de forma tal que) cambia la distancia social" entre unas posiciones y otras. "La minoría democrática tiene detrás de sí a la masa..., es una minoría experimentadora" que en el campo profesional termina por transmitir sus hallazgos generando una nivelación hacia arriba, no una mediocridad igualitaria (p.281).

La selección de minorías, de aquellos que ocuparán las posiciones de mayor significación, se da en una sociedad moderna mediante el logro de posiciones en un ascenso de tipo individual, en principio posible para todos y, en el campo profesional, posible para quienes se encuentran dotados con el hábitus que permite participar en él sometándose al juicio de los iguales (p.288), los partícipes en el juego.

El reclutamiento de los dirigentes liberales adquiere el marcado sabor del elevamiento individual, y por ello es común una "actitud heroica... la carrera de cada uno depende de sus propios dones... (pues había) las mismas oportunidades" para todos. "Los recién llegados... (a) las filas de la minoría por semejante acceso se inclinan a creer en el papel decisivo que desempeña el individuo excepcional en los asuntos humanos" como efecto de "una peculiar vivencia social" que le hace "capaz de gran sublimación espiritual" y a la vez, dado "a aislar al individuo de sus semejantes y a encegecerle para la dependencia del hombre" (p.284-285) con respecto a los demás partícipes en el campo de juego y en los diversos espacios sociales.

Mannheim desarrolla una conceptualización sobre la "distancia social" que resulta muy sugerente cuando se la observa a la luz del esquema de "campo".

Considera que tal distancia es "producida por agentes interesados en mantener una distancia social entre sí

mismos y otros, precisamente cuando viven más estrechamente reunidos en un sentido espacial" (p.290). Pero el concepto de campo nos indica que no se trata de un designio personal sino que allí se expresa la dinámica de la competencia por posiciones.

Una "distancia vertical... la crea el poder" y la democratización, que tiende a igualar, genera un fenómeno de des-distanciación vertical (p.292-293): en el campo juegan iguales diferentes.

Por eso el problema del poder se vuelve patente y se hace analizar. Desenmascarado y desacralizado porque ya no vale para poner a resguardo a los "superiores", la democratización lleva a observar y sopesar los pequeños juegos del poder entre "iguales ontológicos" que compiten como iguales sociales.

Pero persiste la distanciación. Es impersonal (p.304): no deriva del "hombre superior" sino de la función específica de la posición de mando colectivamente reconocida por múltiples vías en el campo profesional, indica Bordieu.

El conflicto estalla en otro lado. El principio de la igualdad choca con el de la autonomía vital del individuo, lugar donde se manifiesta un "profundo conflicto interno de nuestro tiempo" (p.315).

El mismo que estalla en la cara de quien no obtiene logros al competir en su campo de juego. Se desdibujan su "igualdad" y su "autonomía vital".

Para la sociología el problema de la libertad se escapa al pretender "establecer las regularidades de la conducta en un campo homogéneo... (pues) observados aisladamente, sin tener en cuenta las decisiones individuales y su significado racional, todos los grupos empezarán a parecerse a mecanismos, susceptibles de calcular". Pero desde el individuo y su yo vital surgen las acciones humanas, "resultado de elecciones libres que se deben a la iniciativa autónoma. Cada individuo... centro de su propio universo y, en ese sentido, libre" (idem).

Una disparidad de miradas que el concepto de campo de Bordieu disuelve al darles presencia plena y coexistente. El campo es homogéneo pues está conformado por posiciones y relaciones entre éstas, y es individualizado pues cada posición implica la existencia de un margen de maniobra para agentes específicos, no obstante sometidos a las regularidades que les constituyen desde el momento en que son partícipes del juego por estar habilitados por un hábitus más o menos regular.

Mirada desde muchos ángulos, la homogeneización de la experiencia cotidiana se manifiesta en todos los planos donde campee un carácter funcional; así, por ejemplo, las fiestas que hacen parte de los procesos propios del campo, se hacen funcionales como descanso y diversión (p.316), homogéneamente, para todos.

En otro sentido, surge una sorprendente coincidencia temática en Mannheim y Bordieu, cuando se trata de dar razón del ideal cultural de los grupos democratizados: es un "ideal de la especialización vocacional... orientado por el trabajo. El hombre puede llegar a ser 'culto' sólo por medio de una práctica orientada a un fin", cualquiera que ella sea (p. 325).

Se aspira a "ensanchar el horizonte cultural" más allá de la especialidad pero partiendo de la "situación concreta que nunca se pierde de vista" (p. 326).

La especialidad permite "ser capaces para dominar la situación y ampliar la propia perspectiva en el proceso social" de forma que "el pensamiento llega a ser congruente con la vida... capaz de vivir las cosas de las que habla" (p. 327). Al aceptar responsabilidades se pierde la unilateralidad de la orientación original, "circunscrita a estrechas concepciones locales y de clase" (. 328). Se domina un espacio mayor del campo y se avizoran los condicionantes derivados de la interacción con otros campos y con el contexto general de la sociedad, en sus varias dimensiones.

El "tipo de cultura que alcanza el especialista consiste en adquirir una comprensión más profunda y adecuada de su propia posición particular, aprendiendo a examinarla desde diferentes ángulos" (idem). Es ser culto en el sentido de "llegar a ser capaz de progresar desde el conocimiento de una situación concreta inmediata dada", progresar desde la posición que se ocupa en el campo en que se juegan las estrategias claves de la vida social y productiva, hasta "la comprensión de la norma estructural que hay detrás de esa misma situación" (p. 329), hasta la comprensión de las fuerzas en juego, del sistema de posiciones del campo y de las relaciones del campo con otros campos y con el contexto global.

La sociedad democrática, como hemos visto, implica logros. Sin embargo, en busca de una verdad sin adornos ha suprimido distancias verticales; y ello tiene un precio, que resalta Mannheim. El individuo "perteneciente a esta cultura también quiere ser 'él mismo' como es, no como aparece disfrazado con los ropajes de su 'estatus' social... para conseguir esto debe pagar, ante todo, la pérdida del sentido de seguridad

que sólo puede proporcionar un 'estatus' bien definido... la vida moderna ya no ofrece expectativas seguras, sino sólo un infinito desaffo... todos nos hemos convertido en pobres. La inseguridad como destino general, ya no limitada a las capas sociales sumergidas en la sociedad, es una de las características de la época moderna" (p. 339).

Pero Bordieu añadiría: porque el individuo, célula vital, dinámica social, es un agente portador de una "forma" que le habilita mejor o peor para ser "móvil", un ser en procura de posiciones como consecuencia del despliegue de sus estrategias de juego, aquellas que le constituyen en sí mismo, como fuerza en un campo de fuerzas.

3. Con Brunner.

José Joaquín Brunner, en su reflexión sobre la modernidad en América Latina recoge los que se consideran elementos centrales característicos de esta época histórica. La modernidad circunscribe un período y una región en los cuales "capitalismo, industrialización y democracia aparecen simultáneamente, reaccionando uno al otro", en palabras de Ferenc Feher y Agnes Heller, (Citado en: Brunner "América Latina en la encrucijada de la modernidad", 1992, p.95)

Es este, pues, el gran espacio contextual que recoge la reflexión de Mannheim acerca de los fenómenos de democratización en las sociedades de hoy, que vimos actuar en el campo profesional universitario liberal. A él conciernen, igualmente, tanto el capitalismo como la industrialización en razón de que las funciones desempeñadas por los profesionales liberales operan, ante todo, como despliegue de labores que sirven de apoyo al quehacer industrial mismo o a las masas de población que hacen parte de su estructura productiva o de los mercados a que se dirigen sus productos.

El desempeño del profesional en su campo está investido de individualismo y autonomía de la acción, como ya lo hemos indicado y, en amplia medida, del ejercicio del derecho a la crítica, rasgos que junto con el de una filosofía idealista, son peculiares a la modernidad, según señala Brunner (ídem).

El profesional universitario es un producto de la escuela, y esta constituye uno de los "cuatro núcleos organizativos de la modernidad"; en el ejercicio de sus funciones se vincula, apoya o utiliza el producto de la empresa industrial, y opera como oferente de servicios en un mercado que los demanda: empresas industriales y mercados, también núcleos con ese carácter de

organizadores. Las "hegemonías", el cuarto núcleo, subtienden el campo profesional como contexto global y, como hegemonías propias del campo, operan a su interior en el juego de las posiciones que lo conforman.

Los elementos constitutivos de la modernidad, sus rasgos peculiares y sus núcleos organizativos son, pues, ejes que cruzan el campo profesional, uno de los espacios de despliegue de esta era histórica. Pero especialmente el mercado da cuenta de muchas de las características operativas de este campo.



Si Adelita o los cachuchas, 1927,
Friolo Kahlo (18)

Los mercados son como "procesadores de información, asignadores de recursos, señalizadores de precios y coordinadores de la actividad de las empresas y los individuos en el incesante intercambio que... constituye la trama de la vida social"; de él derivan la distribución de oportunidades de acceso a bienes, servicios, trabajo, recursos, generando una organización "atomística e individualista" (p.100), rasgos y fenómenos propios de la forma de operar del campo profesional: posiciones individuales en competencia, producidas por la demanda social de las labores profesionales. El campo lo es de producción, pero igualmente de distribución, intercambio y consumo.

Indica Brunner que este papel de los mercados da lugar a un "nuevo orden de coordinaciones... estructuras que se autoordenan, generando sus propias formas de asimetría, desorden y destrucción" (ídem). Da lugar, pues, a campos, a sistemas de posiciones en juego permanente.

El campo profesional aparece además ligado a la cultura de masas, puesto que "la combinación entre instancias

de socialización del conocimiento cada vez más abarcentes... y los mercados" dan lugar a esa "específica constelación cultural", fruto de una enorme expansión de "la difusión de ciertos bienes culturales". La escolarización, la certificación educativa, el "acceso a códigos culturales diversificados... la constitución de una esfera simbólica distinta y separada pero que permea íntegramente la vida social" y que integra y diversifica "públicos" a través de la incesante segmentación y combinación de los mercados", hace, "en este sentido a la cultura de masas la cultura de la modernidad" (p.102).

La profesionalización universitaria, a medio camino entre lo restringido, gracias a sutiles procesos de selección, y lo masivo, ve gravitar sobre sí en forma creciente esa cultura de la modernidad, expresada en los traumáticos fenómenos de masificación, que no por ser relativa deja de tener un peso crítico. La masificación como número y como portadora de la cultura de masas ha irrumpido también en el campo profesional, exacerbando la competencia, seguramente produciendo dislocaciones y ajustes en las reglas de juego, con una fuerte repercusión precisamente entre los recién llegados al campo, en términos de las desventajas con que acceden a él, y de las posiciones que logran o no lograr ocupar.

Estos procesos tienen formas propias de operar en los diversos momentos y lugares de la modernidad. Signados por una "racionalidad económica y administrativa" e impulsados por designios modernizadores "hacia una funcionalización de los valores en términos del máximo intercambio" (p.169), la racionalidad del mercado, la política y la tecno-burocracia, desconoce las "racionalidades (en plural) encarnadas, institucionalmente mediadas, atadas a intereses y que interactúan habitualmente de manera conflictiva- entre sí". Ellas imprimen en la cultura "estilos cognitivos, definen valores, introducen hábitos y estimulan estructuras de personalidad muy variadas" (p.177) que sería necesario apresar, conceptualizar donde quiera.

En una modernidad como la latinoamericana, "cuyo corazón está lejos del corazón de 'nuestra' cultura", habría que hacerlo en forma tesonera. Nuestra "heterogeneidad cultural... de segmentación, de participación segmentada en el mercado mundial de mensajes y símbolos... de participación diferencial según códigos locales de recepción, grupales e individuales, donde se produce una deconstrucción de la cultura occidental... su racionalismo... secularismo... hábitos y estilos cognitivos" debe ser develada en todos los espacios y campos. La modernidad entre nosotros "'hace'

sentido, pero un sentido fuera de lugar, arrancado del contexto" de la modernidad occidental (p.179-180).

En el campo profesional habría que analizar las expresiones de la heterogeneidad cultural de que estamos hechos, heterogeneidad que no configura subculturas de clases, grupos o regiones, o sólo superposición de culturas; que es "participación segmentada y diferencial en un mercado internacional de mensajes" que se expresa como "implosión de sentidos... desestructuración de representaciones colectivas... anhelos de identificación, confusión de horizontes temporales... pérdida de utopías" (p.180).

Un espacio como el campo profesional posiblemente esté, en un medio como el nuestro, más sujeto a sufrir la conflictividad que todo esto implica, pues la exposición de sus agentes a los patrones de la modernidad occidental es muy grande en el ámbito universitario y la confrontación de estos con la vida cotidiana puede generar un impacto vivencial que se vuelve inconsciente o hiperconsciente, dependiendo de toda una red de factores.

En el campo profesional operan con gran fuerza las "lógicas modernas... de secularización, avance de la racionalidad formal, burocratización, individuación, sentido de futuridad, alienación, etc.", pero junto a ellas operan "lógicas del imaginario colectivo... (desde) una memoria histórica local... seducciones de la comunicación de masas, (y) lógicas de identificación a partir de posiciones de clase económica, social y cultural; lógicas sociales de diferenciación en un mundo donde el consumo distribuye, a la vez, signos de pertenencia estamental; lógicas sacrificiales de donación, gasto y fiestas que... (no) logran resistir las incitaciones del mercado; lógicas políticas de encuadramiento y movilización...; lógicas... de terror y temor en un universo de desaparecidos, tortura, terrorismo estatal y privado y de huellas dejadas a su paso por la represión" (p.181). Ellas confrontan a todos los miembros de la sociedad, y en el campo profesional tendrán expresiones específicas que habría que develar.

BIBLIOGRAFIA

BORDIEU, Pierre. "Campo intelectual y proyecto creador". En Problemas del Estructuralismo. Siglo Veintiuno Editores, México, 1971. Pp.135-182. (Publicado en "Temps Modernes" en 1966).

"Algunas propiedades de los campos". En Sociología y Cultura. Colección Los Noventa, No. 11. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y Editorial Grijalbo, México, 1990. Pp.135-141. (Conferencia dictada en la "Ecole Normale Supérieure en 1976).

BRUNNER, José Joaquín. "El proceso de modernización y la cultura". En América Latina hacia el 2000. Opciones y estrategias. Coordinado por Gonzalo MARTNER. Editorial Nueva Sociedad Unitar/Profal. Pp.163-193. (Basado en el estudio "Los debates sobre la modernidad y el futuro de América Latina", Santiago, 1986).

"América Latina en la encrucijada de la modernidad" En Ideología y Sociedad, Revista Foro No. 20, Santafé de Bogotá, mayo de 1993. Pp.95-112. (Documento de trabajo, FLACSO, 1992).

MANHEIM, Karl. Ensayos de sociología de la cultura. III. "La democratización de la cultura". Ediciones Aguilar, Madrid, s.f. Pp.243-340.